

# EL MAL QUERER

Fue hace 5 años, pero todos los fines de semana alimento ese recuerdo para sentirlo como si hubiera pasado anoche. A veces me pregunto si vos también te acordarás como yo. Si te acordarás de cuando me pediste que te llevara al aeropuerto de Ezeiza, sabiendo que yo habría sido el único dispuesto a manejar cerca de 600 kilómetros por vos. Quizás no. Aun así, yo solo quiero que te acuerdes de esos tres días que estuvimos juntos.

Seguro, ese hotel de mala muerte en el pueblito más recóndito de Santa Fe no sería de lo más memorable, pero al menos fue el momento en donde decidiste abrirte y contarme todo de vos. Ya no eras solo ese compañero del laburo con el que salía a tomar. Eras mucho más. Entendí por qué soltabas una risa tímida cada vez que te saludaba con un "Pablito", o por qué siempre volvías en moto conmigo después del partido con los muchachos. Vos te enteraste el motivo por el cual decidí dejar a Eugenia luego de 10 años de casados y por qué a partir de ese momento, comencé a vivir, a ser feliz, de verdad feliz.

Lamentablemente tuviste que pasar por toda esa rabia para que al fin pudieras contarme de vos, y vos saber más de mí. De todas formas, yo te entiendo. Debe haber sido una situación desesperante para vos que anhelabas marcharte del país lo más pronto posible, dejando atrás una vida llena de disgustos, con la esperanza de encontrar la posibilidad de comenzar de cero.

Sufriste mucho con cada contratiempo que tuvimos, amigo. Primero la rueda del auto. ¿Cómo iba a saber yo que la de auxilio también estaba pinchada? Después el GPS que nos mandó a Chaco ¿Cómo iba a saber que estaba mal configurado? Y finalmente perder tu vuelo a Nueva Zelanda. ¿Cómo iba a saber que el despertador de mi celular estaba a las ocho, pero de la noche? Pero logramos algo único. Disfrutamos tres días y olvidamos todo hasta partir para Ezeiza. Solo vos y yo, donde nadie nos conocía.

Había pasado mucho tiempo desde que no me sentía tan a gusto con una persona. Y sentí, por el abrazo eterno que me diste en el aeropuerto, que a vos también te pasó lo mismo. La sonrisa que tanto me costó verte cada vez que intentaba hacerte reír en el laburo o volviendo del partido, la conseguí. Los secretos que nunca me atreví a decírselos ni siquiera a Eugenia, te los conté. La charla que nos debimos todo este tiempo desde que nos conocimos, ocurrió.

Fuimos los dos muy felices y no me voy a olvidar de eso, amigo. Ojalá no me olvide nunca de todo lo que ocurrió. De todo lo que me dijiste, de todo lo que me hiciste. Incluso recordar los motivos de no haber puesto la alarma como se debía, de haber configurado mal el GPS y de haber cargado justo la rueda de auxilio pinchada. Porque así fue cómo a partir del último fin de semana de marzo, allá por el 2013, espero que me mandes un mensaje desde Auckland, acordándote de nosotros.

Categoría: Cuento  
Autor: Mijael Jofré